

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

12

OCTUBRE-DICIEMBRE

1943

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

H. señor Rector:

LIC. RODOLFO BRITO FOUCHER

H. señor Secretario General:

DR. SAMUEL RAMÍREZ MORENO

H. señor Oficial Mayor:

LIC. ALFONSO PEDRERO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

H. señor Director Honorario:

DR. ANTONIO CASO

H. señor Director:

DR. JULIO JIMÉNEZ RUEDA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

Eduardo García Máynez.

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$7.00

Exterior..... ds. 2.00

Número suelto..... \$2.00

Número atrasado..... \$3.00

Sumario

FILOSOFIA		Págs.
W. Dilthey	<i>La esencia de la Filosofía. (II.)</i>	209
Leopoldo Zea	<i>La Historia en la Filosofía de Scheler.</i>	235

LETRAS		
Ulrich Leo	<i>Dante Alighieri: Realidad e Intuición</i>	257
E. Noulet	<i>Villiers de l'Isle Adam y Stéphane Mallarmé</i>	291

HISTORIA		
Agustín Millares Carlo	<i>Algunos Documentos sobre Tipógrafos Mexicanos del Siglo XVI.</i>	303
Alfonso Reyes	<i>Un Paseo por la Prehistoria. (II.)</i>	325

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Filosofía

José Fuentes Mares	<i>Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo. (Donoso Cortés.)</i>	347
------------------------------	--------------------------------------------------------------------------------------	-----

	Págs.
Leopoldo Zea	<i>Las Jerarquías del Ser y de la Eternidad.</i> (Alberto Rougés.) 349
 <i>Letras</i>	
Francisco Giner de los Ríos.	<i>Cuenca ibérica (Lenguaje y paisaje).</i> (Miguel de Unamuno.) 353
E. Noulet	<i>Sociología de la Novela.</i> (Roger Caillois.) 355
 <i>Historia</i>	
Félix Gil Mariscal	<i>La Noche Triste.</i> (Documentos publicados por G. R. G. Conway.) 359
Agustín Millares Carlo	Las obras de carácter bibliográfico publicadas con ocasión de la Segunda Feria del Libro y Exposición Nacional del Periodismo 362
Agustín Millares Carlo	<i>Notas de bibliografía mexicana.</i> (Salvador Ugarte.) 370
Mariano Muñoz-Rivero del Olmo.	<i>Rodrigo de Albornoz, Contador Real de la Nueva España.</i> (Silvano García Guiot.) . . 371
Noticias.	375
Publicaciones recibidas	377
Indices del tomo VI.	387

La Historia en la Filosofía de Scheler

Max Scheler no logró —a pesar de habérselo prometido— escribir su Filosofía de la Historia. Sin embargo, este es un tema que se encuentra palpitante en sus numerosas publicaciones; en forma muy especial en su Sociología de la Cultura, uno de cuyos aspectos es la Sociología del Saber. Aquí, como su mismo título indica, se hace referencia a la Cultura, es decir, a la obra humana, a lo que el hombre ha realizado a través de la historia.

El pensamiento central, la idea que sirve de pivote a la Filosofía de la Historia que se deduce de Scheler, podemos resumirla en la siguiente definición —la que se justificará descomponiéndola en los problemas que plantee y desarrollando éstos—: *La Historia es la realización de la esencia del Hombre*. El Hombre *realiza* su *esencia* a través de la historia. La Historia es este irse realizando lo que es esencial al Hombre. Ahora bien, esto nos plantea dos problemas, dos interrogaciones inmediatas: ¿Cuál es la *esencia* del Hombre, qué es lo que es esencial a ese ente llamado Hombre? ¿Cómo se *realiza* esta *esencia*, cómo este ente humano realiza lo que le es esencial? La primera pregunta nos conduce hacia una Antropología, hacia la ciencia que nos dice qué es el hombre, qué es lo que lo define, lo caracteriza, o le hace ser hombre a diferencia de otros seres que no lo son. La segunda pregunta nos conduce hacia una teoría de la cultura buscando en ella la forma o formas como el hombre va realizando lo que le es esencial. El problema del Hombre, y el problema de la Cultura, son los temas característicos de la filosofía de Max Scheler; de ésta se deduce su Filosofía de la Historia y la solución de los problemas que la misma plantea.

¿Qué es lo esencial al Hombre? ¿Qué es lo que hace que un hombre sea tal? Scheler en su Antropología trata de situar al Hombre dentro de la diversidad de seres que existen, delimitando lo que es propio del Hombre, su esencia. Se encuentra con que el hombre posee una naturaleza semejante a la de la planta y a la del animal; pero así como el animal se diferencia del vegetal, a pesar de contener la naturaleza de éste, en igual forma el hombre se diferencia del animal y del vegetal. El animal posee la naturaleza del vegetal, pero además algo que no tiene éste como es el instinto y el movimiento. El animal, a diferencia del vegetal, puede trasladarse por sí mismo de un lugar a otro; en vez de obtener su sustento directamente, como la planta, que lo obtiene en el suelo mismo donde arraiga, el animal tiene que buscarlo, para lo cual le son útiles sus instintos. A su vez, el hombre posee la naturaleza del animal, como éste tiene instintos, pero hay algo que le diferencia, algo que hace que no sea un animal más, sino un hombre, algo que le es propio. Este algo es un principio opuesto a toda vida en general, el *espíritu*, el cual, nos dice Scheler, es una *capacidad de objetivación*, es decir, una capacidad propia del hombre que le permite hacer objeto de conocimiento todo cuanto se le opone, todo cuanto le es *opuesto*, es decir, todo cuanto está fuera de este *darse cuenta* de lo que está ante sí, incluyendo su propio ser.

El hombre, a diferencia del animal y de cualquier otro ser, incluyendo a Dios —quien, como veremos más adelante, no se conoce sino a través del Hombre—, puede conocer su propio ser haciéndose objeto de conocimiento. Es esta capacidad de objetivación la que hace que el hombre pueda considerarse como algo *fuera del mundo*, opuesto al mundo. El hombre se separa del mundo, de sí mismo, se eleva sobre todo lo existente, sobre todo lo que constituye su realidad. El Hombre viene a ser un ente superior a sí mismo y al mundo. Lo único que no puede ser objeto de conocimiento es el *espíritu mismo*, éste sólo se conoce a sí mismo *realizándose*. Esta capacidad de objetivar hace que el hombre capte la esencia de lo que le rodea, hace que capte aquello por lo cual las cosas son lo que son, es decir, sus características, notas, generalidades. A esto llama Scheler: *Idealización*. El espíritu capta así un mundo de esencias opuesto al mundo de la existencia, de la realidad, fuera de él: “Esta facultad de separar la existencia y la esencia constituye la nota fundamental del espíritu humano.”

Esta idealización se obtiene por lo que Scheler llama "anulación ficticia del carácter de realidad". Se anula la realidad, se la dice "No". La realidad aparece al hombre como resistencia a sus impulsos, a sus deseos, hay un choque entre el hombre y su mundo. Este choque se evita esquivando la realidad. Ahora bien, lo que hace el hombre al negar la realidad es evitarla, acto que sólo puede lograr el espíritu. El hombre se presenta como un ser no satisfecho de su realidad circundante, un ser que reprime sus instintos, sus impulsos, su realidad, para edificar un mundo ideal, un mundo perfecto y eterno, captado por el espíritu.

Ahora bien, esta característica del hombre, este aniquilar el mundo circundante, la realidad, ¿no será acaso una enfermedad? Scheler observa que el hombre es el ser más mal dotado por la naturaleza, y que como tal es un ser destinado a desaparecer antes que cualquier otra especie, y por esto se pregunta: ¿No será este *Homo Naturalis*, en principio, un "callejón sin salida" de la naturaleza? Parece ser que en el hombre la naturaleza se descarrió, y en vez de seguir adelante se transmutó en espíritu e hizo una historia, lo cual desde el punto de vista natural, no ha logrado, a pesar de todos los esfuerzos hechos, y de complicados rodeos, sino lo mismo que consigue el animal, en forma muchísimo más sencilla, guiado tan sólo por el instinto. Conforme a esta idea, toda la historia del hombre no vendría a ser sino un camino falso, inútil, para obtener lo mismo que el animal logra sin tanto esfuerzo: *vivir*. Pero esto será tan sólo si se considera al hombre como ser biológico, pero si se le considera como el ser espiritual que es, desde el punto de vista en que se diferencia del animal, el hombre no será un "callejón sin salida", sino todo lo contrario, será una salida, representará una dirección, una meta luminosa. Entonces la historia dejará de ser algo inútil, la historia será un proceso de *humanización*. Scheler considera al hombre como un *devenir* que nunca cesa, como un continuo estar haciéndose cada vez más hombre, un continuo estar realizando lo que le es propio, el espíritu. El hombre es por sí mismo un ser más alto y sublime que la vida toda y sus valores. Es el ser en quien lo psíquico se ha liberado del servicio a la vida, y se ha depurado ascendiendo a la dignidad de espíritu, a cuyo servicio entra la vida.

Scheler sostiene la tesis del *Hombre Plenario*, del Todo Hombre. El hombre como ser biológico es un ser acabado, a punto de desaparecer, pero como ser espiritual es un ser que se está haciendo. El hombre posee, contiene en sí todas las posibilidades del universo. El hombre no es una cosa, al contrario, es una dirección del universo. El hombre viene a ser

una *forma vacía* que va llenándose a través de la historia. El hombre naturaleza va por medio del espíritu captando las esencias del universo, y asimilándolas, transformándose en un hombre espíritu. Las esencias del universo van llenando esa forma antes vacía, integrando, realizando al hombre pleno, que en último término es la propia Divinidad.

Es así como encontramos en el hombre una doble naturaleza compuesta de impulsos, de instintos, que le hace semejarse al animal; y una naturaleza formada por el espíritu, que le hace diferenciarse del animal, separarse de él. A causa de esta su doble naturaleza se encuentra como intermediario entre dos mundos: un mundo natural común al hombre y al animal, y un mundo espiritual, un mundo de esencias, valores, propio del hombre. Sus impulsos le comunican con el mundo natural, el espíritu lo comunica con el mundo ideal. Espíritu e impulsos forman la estructura del hombre, manteniéndole suspenso entre dos mundos de naturalezas opuestas. Ambos, espíritu e impulsos, luchan en el hombre, tratando de arrastrarlo hacia sus respectivos mundos. Uno hacia la *divinidad*, otro hacia la *animalidad*. Uno hacia lo que es propio del hombre, otro hacia lo que no le es propio, hacia lo común, lo que le asemeja con el animal y el vegetal, con lo no-hombre. El hombre se salva salvando su esencia, es decir, se salva en el mundo hacia el cual le impulsa el espíritu.

Sin embargo, el hombre tiene que contar con su naturaleza animal, impulsiva, no puede desprenderse de ella. Si tiene que salvarse ha de salvarse con ella, elevarla, sublimarla. O en sentido inverso, bajar el mundo puro de los valores y encerrar en él a esta su naturaleza. El mundo de las ideas, de los valores, de las formas puras, se impone al mundo impuro de la realidad, le da su forma, le configura. Convirtiendo lo real en ideal; haciendo de la realidad ciega, sin sentido, una realidad con sentido, es como el hombre se salva. Realizar una idea, un valor, es hacer *real* lo que es *ideal*. Lo real y lo ideal se unen, dando uno su materia y otro su forma.

Esta realización del mundo ideal de los valores, es una realización paulatina. Poco a poco, el hombre va realizando este mundo que le es esencial; realizándolo, es como va realizando su esencia. Esta realización de la esencia del hombre, se da en un plano temporal, en un plano histórico. La historia de la cultura es la historia de lo que el hombre ha ido haciendo para realizar su esencia, lo que le es propio, sometiendo lo que no lo es. La historia se presenta así como la realización de la esencia del hombre. Ahora bien, ¿cómo se realiza esta esencia? ¿cómo el hombre va convir

tiendo lo ideal en real, encerrando a la realidad en las formas eternas del valor? Esto nos lleva hacia el segundo problema apuntado al principio.

II

El segundo problema que nos ha planteado la definición que sobre la filosofía de la Historia de Scheler hemos dado, es el de cómo se realiza la esencia del hombre. Ya hemos visto que se trata de convertir en real algo que no lo es: lo ideal. Se trata de someter la realidad a las formas de lo ideal. Ahora bien, para esto hay que contar con la realidad. Para hacer de la realidad materia de realización de algo que no lo es, hay que contar con ella. El espíritu, insiste continuamente Scheler, es impotente, carece de fuerzas para someter a la realidad. El espíritu sólo puede señalar, indicar, las formas a las cuales debe someterse la realidad; pero es la realidad misma la que tiene que someterse. El espíritu es un *factor de determinación*, pero no de realización. El espíritu, cuanto más puro es, más impotente será para una acción dinámica sobre la sociedad y la historia. Solamente allí donde las ideas van acompañadas de impulsos o tendencias, se consigue, aunque sea indirectamente, una posibilidad eficiente. Los *factores de realización* positiva son consecuencia de un acto libre, es decir, de la voluntad de un individuo o individuos para realizar un determinado valor, voluntad que es imitada; y esto a su vez depende de las condiciones reales de la vida condicionadas por los impulsos.

Si el espíritu pretende ir contra la realidad, es decir, si no cuenta con la aceptación de ésta, nada podrá hacer sobre ella. "Sería como morder sobre granito", nos dice Scheler. Pero de aquí no se puede deducir que la realidad determine lo ideal, los valores; ésta tan sólo podrá explicar aquello que no ha podido ser, pero no lo que puede llegar a ser. La realidad sigue un curso fatal y ciego para el punto de vista del valor; pero el hombre, gracias a su espíritu, puede guiar a esta realidad. Sin ir contra su curso, contra sus leyes, puede orientarlas. La realidad, como ciega que es a toda finalidad, marcha precisamente a ciegas, sin importarle el camino que sigue, le basta con marchar. Lo que hace el hombre es encauzar esta realidad por el camino que conviene a sus fines. El espíritu se encuentra con una "fatalidad modificable", es decir, con una fatalidad que puede ser guiada; pero a su vez esta su libertad de escoger el camino por donde ha de marchar la realidad, está limitada, modificada por la misma realidad.

La libertad del espíritu es una "libertad modificable", es decir, limitada a su circunstancia, a la realidad con la cual tiene que contar.

Ya hemos dicho que este tener que contar con la realidad no supone que la realidad determine la esencia de la cultura, ésta tan sólo determina su realización; como tampoco supone que sea el espíritu el factor de realización de la cultura como había querido el idealismo, sino tan sólo un factor de determinación. La realidad es la que determina la mayor o la menor realización de los valores de la cultura. Unas veces se presenta como obstáculo casi insuperable, otras como factor de máxima cooperación. Scheler considera que existe una "ley de orden de sucesión en la actuación de los factores ideales y reales" en la historia. Ley que se encuentra en lo que llama *historia real*, es decir, en la historia de los hechos de la humanidad, en la historia de la Cultura, en su deslizarse a través del tiempo.

Hay que distinguir dos historias: una *historia real*, limitada, circunstancial, la historia de lo que la realidad ha permitido, la historia de lo que ha sido; y una *historia ideal*, la historia de lo que pudo ser aquello que ha sido; la historia de lo que no ha podido llegar a ser, pero que puede llegar a ser; la historia de lo que podría llegar a ser el espíritu, de contar con la plena docilidad de la realidad. La historia ideal se deduce de la historia real; de lo que el hombre ha realizado en su historia se puede deducir lo que puede lograr; de lo que ha hecho se deduce lo que quería y quiere hacer. Del pasado de la humanidad se puede deducir su futuro, su posible llegar a ser, aunque de hecho no sea. Gracias al espíritu, el hombre puede estar a la *expectativa* de su futuro, anticipar su historia, es decir, *proyectarse*. "Una sola cosa le queda al hombre como soberano e indeclinable privilegio —nos dice Scheler—: el poder, gracias a su espíritu, si no calcular lo venidero, al menos 'contar con ello' en una *expectativa* por lo demás siempre hipotética y sólo probable; y luego, gracias a su voluntad, interpolar provisionalmente obstáculos, impedir la llegada a la existencia de algo que en otro caso sobrevendría, o bien acelerar o retrasar otras cosas *en la serie del tiempo y según su medida —no en el orden del tiempo, que está predeterminado y es inmutable—*, aproximadamente como lo hace el catalizador en el proceso de la combinación química."

La historia del hombre es un entretejido de *expectativas y realidades*, de lo que se quiere y de lo que se puede, de lo ideal y lo real. En cada realidad cultural se encuentra un proyecto, una expectativa, un posible llegar a ser, un futuro. La filosofía de la historia de Scheler se propone en último término deducir de la realidad cultural el posible llegar a ser de

la Humanidad, la plena realización de la esencia del hombre. Busca "una ley del orden en la actuación de los factores ideales y reales de la cual se infiera el todo indiviso del contenido de la vida de los grupos en cada momento del curso sucesivo histórico-temporal de los procesos de la vida humana social; no hay una ley de lo sido y acabado en la sucesión del tiempo, sino de una ley del posible llegar a ser dinámico de cuanto ha llegado a ser en el orden de la causalidad temporal."

¿Cómo actúan entre sí los factores ideales y los reales, los factores de determinación y los factores de realización? Para averiguar esto hay que ir a la historia real de la cultura, a la historia de lo sucedido a la humanidad. Esta historia real del hombre se nos presenta en distintos planos determinados por los distintos factores que componen la realidad en que debe realizarse el espíritu. Estos factores pueden reducirse a los siguientes: a) Factores naturales, b) Factores sociales y c) Factores culturales. Entendiéndose por los primeros los factores impulsivos, siendo los principales los de reproducción, poder y nutrición. Entendiéndose por los segundos, los intereses sociales, ya sean éstos de clase o personales. Y por los terceros, las relaciones de una cultura con otra. Todos estos factores determinan la posibilidad de realización de la esencia del hombre, dando lugar a la historia de la cultura, es decir, a la historia de lo que ha podido ser, de donde se deducirá su posible llegar a ser.

III

Los que hemos llamado factores naturales son los derivados de los impulsos de reproducción, poder y nutrición. Estos factores son: el factor sangre, el factor político y el factor económico. Cada uno de estos factores contribuye a la realización de los valores de la cultura lo mismo en forma positiva que negativa. Este contribuir a la realización de la cultura, ha dado lugar a tres grandes direcciones del pensar histórico. En cada una de estas direcciones se pretende hacer de uno de los factores el determinante de toda la cultura. El *Nativismo Racial*, sostenido entre otros por Gobineau y Gumplowicz, pretende que la esencia de la cultura está determinada por el factor sangre, pretensión que en nuestros días ha llegado a extremos de todos conocidos. El *Politismo*, sostenido por rankeanos y neorankeanos, pretende que son las relaciones de poder político, el Estado, las que determinan la esencia de los valores de la cultura. El *Economismo*

cuyo principal representante es Carlos Marx, hace de la cultura una superestructura del valor económico. "El conjunto de las relaciones de producción —nos dice Marx en su prólogo a la *Crítica de la Economía Política*— constituye la estructura económica de la sociedad, la base real, sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política y a la que corresponden formas sociales determinadas de conciencia. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general."

Cada una de estas direcciones históricas pretende ser la determinante, subordinado a las otras, además, de la pretensión de constancia histórica. Cada una de ellas, el racismo, el politismo y el economismo pretenden determinar la cultura en todo tiempo, en toda la historia. En resumen pretenden dos cosas: determinar la esencia de la cultura y hacer de esta determinación una constante válida para toda la historia.

A estas pretensiones opone Scheler su propia tesis, expuesta bajo dos aspectos, correspondientes éstos a cada una de las pretensiones de las direcciones naturalistas:

1. Ni el factor sangre, ni el político, ni el económico, determinan la esencia de la cultura. Estos factores tan sólo pueden afectar a la plenitud de su realización, pero no de su esencia. Cada uno de estos factores coopera con el espíritu —el cual en sí es impotente— abriendo o cerrando sus esclusas.

2. En este su afectar a la plenitud de los valores de la cultura, no hay constancia de uno solo de los factores. Tanto el factor racial, como el político y el económico, se alternan en la historia en ese abrir y cerrar las esclusas de la corriente del espíritu.

Ahora bien, ¿indica esto que no hay una ley de orden en este abrir y cerrar las esclusas del espíritu? ¿Cada uno de estos factores obra indistintamente en la historia en este cooperar con el espíritu? Scheler considera que sí existe esta *ley de orden* aunque no haya constancia en ninguno de los factores dichos. Esta ley establece tres fases históricas en cada una de las cuales se presenta uno de los factores naturales como dominante en ese abrir y cerrar las esclusas a la corriente del espíritu. Estas fases son las siguientes:

1. Una fase en la que las relaciones de *sangre* reguladas racionalmente —matriarcado, patriarcado, matrimonio, asociaciones familiares, mezcla y separación de razas con límites impuestos por la ley o la costumbre— constituyen la variable independiente del proceso, determinando el ámbito

de lo que puede suceder por obra de los otros factores — los políticos y los económicos.

2. Fase en la que el primado corresponde al factor político; siendo éste, por medio de su órgano principal, el Estado, el que va a determinar el ámbito de lo que puede suceder por obra de los factores sangre y economía.

3. Esta fase corresponde al primado del factor económico; siendo éste el que va a determinar el campo donde los factores sangre y poder político pueden actuar.

En otras palabras, podemos decir que los tres factores forman las circunstancias reales dentro de las cuales va a realizarse el espíritu; pero que hay distintas fases históricas en las cuales es *uno* de los factores el que va a determinar primariamente esta circunstancia, sin que por ello los otros dos factores tengan que desaparecer o se conviertan en simples consecuencias del principal, sino que su fuerza queda subordinada, limitada, por el factor principal en una determinada época histórica.

La forma como cada uno de estos factores opera en su fase determinante sobre el reino de los valores da el criterio para establecer un orden en la primacía de cada uno. Scheler establece la ley de orden de cada uno de los factores, basándose en el “progreso” que el espíritu va adquiriendo en su descarga. Cada uno de los factores naturales hace más o menos rica esta descarga de las potencias espirituales. Cada factor abre más o menos la corriente del espíritu. En este abrir más o menos las esclusas del espíritu se encuentra la ley de orden de actuación de los tres factores.

En las épocas en que el factor sangre en sus distintos aspectos — pertenencia a una raza, a un sexo, a un grupo, etc.— decide directa o indirectamente de la posible descarga de las potencias del espíritu, los obstáculos son *máximos* y la posibilidad de desencadenamiento *mínima*. En cambio, cuando la selección, el abrir y cerrar las compuertas del espíritu corresponde al factor económico, los obstáculos con que tropieza el espíritu son *mínimos* y su poder de realización *máximo*. El término medio se encuentra en las épocas determinadas por el poder político. La historia nos muestra múltiples ejemplos de la tesis de Scheler. Epocas de auge económico dan lugar a una superabundancia de bienes culturales. Surgen los grandes “mecenas” protectores de la ciencia y de las artes, dando el máximo apoyo a las producciones del espíritu. En el lado opuesto vemos épocas en que los intereses de clase, intereses raciales, etc., limitan la libre producción del espíritu hasta el máximo, convirtiendo ésta en simple pro-

paganda de intereses preconizados. En el término medio encontramos épocas como la del llamado "Siglo de las Luces" o de la "Ilustración", en las que el Estado —el poder político, en la forma del "despotismo ilustrado"— da su apoyo a las producciones del espíritu, pero limitando este apoyo de acuerdo con los intereses estatales.

Con esta tesis las tres corrientes del pensamiento histórico quedan relativizadas, convirtiéndose en formas —unas veces ricas, otras pobres— que el espíritu va tomando al realizarse en la historia.

IV

El espíritu tropieza, en su esfuerzo por realizar su esencia, con otro tipo de realidades a las que hemos llamado *factores sociales*. Dice Scheler que el "factor de realización *positivo* de un contenido con sentido puramente cultural, es siempre el acto *libre* y la libre *voluntad* del 'pequeño número' de personas —en primer lugar jefes, modelos, *pioneers*— que son imitadas por un 'gran número', por una multitud, en virtud de las conocidas leyes del contagio, de la imitación o copia voluntaria e involuntaria". Ahora bien, para que un "pequeño grupo" sea imitado, seguido, por un "gran número", es menester contar con los intereses de dicho grupo. Ningún jefe, modelo, o *pioneer*, tiene éxito si el valor que propone para realizar no cuenta en alguna forma, ya sea consciente o inconscientemente, con la adhesión del "gran número" al cual lo propone y el cual ha de realizarlo. Es menester que el "gran número" esté predispuesto, es decir, que esté ya dispuesto a realizar dicho valor antes de que le sea propuesto. El "gran número" debe tener una especie de *a priori* del valor que ha de realizar. La historia nos muestra épocas en que hay una especie de balbuceo de valores que se realizarán poco más tarde. Ejemplos de esto, las épocas que anteceden al Cristianismo y al Renacimiento. Lo que hace el *pioneer* es decir claramente lo que es simple balbuceo, aclarar lo que está en tinieblas, perfilar lo que aparece borroso. Sin esta predisposición, sin este sentirse inclinado el "gran número" a realizar el valor, *reconociéndolo*, no puede el "pequeño número" hacer realidad el valor intuído.

Este estar una sociedad predispuesta o no a realizar determinados valores, determina la mayor o menor realización de la esencia de la cultura. Cada sociedad se encuentra predispuesta para realizar determinados valores, al mismo tiempo que otros le son incomprensibles; tiene ojos para

unos y se muestra ciega para otros. Valores que en una época pasan desapercibidos, incomprendidos, en otras adquieren su máxima significación y realización. Los intereses sociales que limitan la concepción del mundo de los valores pueden ser de dos clases: *intereses de clase* o *intereses personales*. Unos y otros hacen a los grupos sociales, ciegos para unos valores y penetrantes para otros. Estos intereses determinan los modos de pensar y las formas de intuir el mundo ideal, sin que por esto se quiera decir que afectan a la esencia de este mundo.

Entiéndese por *intereses de clase*, los que se originan en la posición que guardan determinados grupos en la estructura de la sociedad. Estos intereses se pueden reducir a los de dos grupos, o clases: la *clase alta* y la *clase baja*. Estos intereses dan lugar a ciertos *modos* de pensar y *formas* de intuir de los individuos pertenecientes a cada una de estas clases. Estos modos y formas de pensar e intuir, son algo más que prejuicios de clase. Scheler nos dice que son "*leyes formales de la formación* de prejuicios, y tales leyes formales, en cuanto leyes de preponderantes inclinaciones a formarse ciertos prejuicios, radican pura y exclusivamente *en la clase* — prescindiendo por completo de la individualidad, de la profesión y de la medida del saber del hombre, como también de su razón, nacionalidad, etc."

La clase baja concibe el mundo desde el punto de vista en que se encuentra. Ve, en el pasado —y lo pinta con negros colores— el origen de sus desdichas, el origen de los males que le aquejan al pertenecer a una clase subordinada. El pasado es visto como el causante de su situación actual. En cambio el futuro se le presenta como redención, como libertad. El futuro representa el sumo bien de su clase, *el mesianismo*. Hacia el futuro se sitúan todas las utopías socialistas, es allí donde se ha de realizar la sociedad sin clases. De aquí que se conciba el mundo como génesis que va desarrollándose, pues en esta forma la clase baja tiene la esperanza de cambiar de posición. Su pensar es dialéctico, la sociedad se le presenta como una cadena de afirmaciones con su negación y una nueva afirmación, su clase es una de las negaciones de la clase que parece firme en su elevado lugar, y como contradicción que es representa una nueva afirmación, la afirmación de su propia clase. Todo esto, como se ve, da una visión optimista del futuro.

La clase alta concibe el mundo desde un punto de vista opuesto. Para esta clase es inconcebible la génesis, el mundo se presenta como *ser* firme y seguro. Su pensar no es un pensar dialéctico, sino un pensar de identidad.

des. A es siempre igual a A; no cabe contradicción alguna. En esta forma pretende justificar la posición de su clase, siempre firme, segura, idéntica. Ve con agradecimiento al pasado; en este pasado encuentra los fueros que justifican la inamovilidad de su puesto. Pero a pesar de esto, siente el cambio de la historia, siente cómo todo va transformándose, pasando por encima de sus intereses. De aquí que vea con angustia el futuro, como amenaza, y se sienta pesimista; para este grupo los "tiempos pasados son mejores". La historia es vista por la clase alta como *decadencia*, a diferencia de la clase baja que la ve como una *ascendencia*. Como ejemplo del modo de pensar de la clase alta puede citarse la tesis de Oswald Spengler sobre "La Decadencia de Occidente".

Otro grupo de intereses son los que hemos llamado *intereses personales*, es decir, intereses referidos a fines personales a los cuales el "gran número" presta su apoyo en determinadas épocas históricas. Apoyo que da al matiz, el perfil de una época. Estos pueden ser intereses de *salvación*, de *formación* o de *dominación*. Cada uno de estos intereses predispone a los individuos para el conocimiento, para el saber de determinados valores culturales. Si el interés perseguido es un interés de salvación personal, de salvación en la divinidad, el grupo se sentirá inclinado hacia un *saber religioso*, saber de salvación. Pero si el interés va orientado hacia la formación de la persona, hacia la formación del hombre como tal, entonces el grupo que presta su apoyo a este interés se inclinará hacia el *saber metafísico*. Cuando el interés se inclina hacia el dominio de la naturaleza, el dominio de lo físico, se da origen a una predisposición por el llamado *saber positivo*.

Estos diversos intereses surgen en la historia bajo diversas formas sociales que responden al más alto fin intencional de cada saber. Orientadas hacia los fines del saber religioso, surgen comunidades religiosas, iglesias, sectas, asociaciones místicas y otras formas más cuyo fin principal es la *salvación*. Por otro lado nos encontramos con escuelas de sabiduría como la Academia Platónica y el Liceo en la antigüedad, comunidades de *formación* en las que alternan la enseñanza, la investigación y la práctica de la vida de sus miembros, todo esto "en una unidad que va más allá de la comunidad, frecuentemente más allá de la nación misma, y reconocen como común un 'sistema' de ideas y valores que afecta la *totalidad* del mundo". Por último, nos encontramos con organizaciones de investigación, de *enseñanza positiva*, ligadas a organizaciones técnicas, indus-

trias, "corporaciones científicas" cuyo fin último es el dominio de la naturaleza.

Las tres formas del saber, a través de sus organismos de difusión influyen en la estructura de la cultura, fluyendo dentro de ella, alterando sus creencias, sus saberes adquiridos, limitando por un lado y ampliando por otro la capacidad de captar y realizar el mundo ideal de los valores. Ahora bien, según que el interés del "gran número" se oriente en mayor o menor grado hacia alguna de estas tres formas del saber, uno de ellos predominará sobre los otros estructurando su época, sin que esto quiera decir que las otras formas del saber pierdan su importancia ni menos que desaparezcan, sino que quedan subordinadas al interés principal de la época. Así nos encontramos distintas épocas cuya configuración la da el saber predominante.

La Edad Media se presenta como una época en la que el interés principal se orienta hacia un saber de salvación o religioso; sin que por esto deje de existir el interés de formación humana o de experimentación con vías a dominar la naturaleza; pero estos son intereses que adquieren un carácter secundario frente al principal que es el de salvarse de este mundo en el seno de Dios. En la Edad Moderna el interés pasa hacia otros campos, hacia el de la formación humana, la práctica de la vida, predominando el saber metafísico sobre el religioso y el positivo. Lo mismo se puede decir de la época en que el interés principal se orienta hacia el saber positivo. Aquí predomina sobre cualquier otro interés, el del dominio de la naturaleza. Partiendo de este interés relativo, Comte estableció su teoría conocida como "Ley de los tres estadios" en la cual se toman por estadios temporales lo que es una diferenciación del espíritu, nacida de un interés predominante. Comte es un claro ejemplo de esta tesis. El prejuicio de que parte, tiene su origen en el interés que en él predomina, que es el positivo, el interés por el dominio de la naturaleza; de aquí que cualquier otro saber que no sea el que le interesa le parezca inferior. La historia se le presenta como un "progreso" que va del saber religioso —en este caso un saber primitivo, inferior— pasando por el saber metafísico y alcanzando la cúspide en el saber positivo. Scheler no dice que tal teoría es falsa, que no hay tal "progreso", que lo que hay es una diferenciación cada vez más rigurosa. Al mismo tiempo que el hombre se preocupa por dominar la naturaleza, está preocupado por la salvación de su alma y por la formación de su persona.

Como se ve, tanto los intereses de clase como los intereses personales, abren y cierran las esclusas a la corriente del espíritu, limitando su realización. Esta es una más de las formas de la realidad con las cuales se enfrenta el hombre en la historia para realizar su esencia.

V

Otro tipo de realidad con la cual tropieza el hombre al tratar de realizar su esencia está constituido por lo que hemos llamado *factores culturales*. El hombre se encuentra dentro de una realidad, con la cual ha de realizar su esencia. Entre las diversas formas de realidad con que tropieza, se encuentra con una llamada cultura. Cada hombre se encuentra dentro de una cultura dada, cultura en la cual no ha colaborado. Estas culturas son *realidades*, frutos de los ideales y de la realidad de otros grupos de hombres. Cada hombre se encuentra con un grupo de planes de ideales realizados, o por realizar, a los cuales presta en principio toda su adhesión, y en los cuales se forma. Sin embargo, en cuanto el hombre se hace problema de estos ideales, de estas *creencias* —como las llama Ortega—, se encuentra con que tales creencias limitan su visión y capacidad para realizar todos los valores que componen su esencia, tiene entonces que reaccionar frente a ellos y hacer nuevos planes de vida, nuevos planes de realización. Ahora bien, los modelos de estos nuevos planes tiene que tomarlos de la misma realidad, de su misma circunstancia, de aquí que busque sus modelos en el pasado, pero no en cualquier pasado, sino en un pasado que resuelva o al menos le dé la pauta para la solución de sus problemas presentes. “El cono de interés —nos dice Scheler— que ilumina una parte del *pasado*, semejante al cono luminoso de un faro, es siempre *obra del presente histórico*, en primer lugar de los *problemas futuros* que se ciernen ante el espíritu y la voluntad, esa *voluntad* de nuevas ‘síntesis de cultura’.”

El pasado cultural se presenta bien como modelo por realizar, bien como obstáculo para esa realización. Existe un pasado inmediato del cual se quiere escapar, al cual el hombre se siente ajeno, es un mundo “petrificado, osificado, sin vida ni susceptible de intuición, sólo formal y conceptual”. Se trata de un mundo firme y seguro para el hombre que antecedió al actual, el cual se encuentra, sin pedirlo, en dicho mundo. Mundo “escolástico”, hecho, pero en el cual no encaja el nuevo hombre. Contra este mundo se reacciona en forma enfática, entusiasta, “exótica”, menos-

preciando las formas *racionales* del saber. "Todo nuevo sector de realidad que la ciencia en su historia haya de someter, tiene que ser conquistado ante todo en un raptó de amor; únicamente *después* puede sobrevenir la edad de la investigación contenida, intelectualmente, objetivamente." En esta forma es como el hombre va realizando su esencia, sometiendo la realidad que le rodea o saltando sobre ella para alcanzar la realización de nuevos ideales a los cuales después dará forma, asegurándolos, comprimiéndolos, objetivándolos o cristalizándolos. Estas cristalizaciones serán, a su vez, nuevos obstáculos para realizar nuevos valores; por eso tendrá que reaccionar contra ellas y someterlas. Hay así un movimiento cultural que se da por *generaciones*. A una época entusiasta, enfática, exótica, "sigue con regularidad una época que al mismo tiempo que se contiene, objetiva de nuevo el sector de realidad e inicia su penetración inductiva y deductiva, en todo caso *racional*". A una época *escolástica* sigue un *renacimiento*, que a su vez se convierte en *escolástica*.

Lo que aquí importa es ver cómo el pasado presenta los dos aspectos señalados en toda realidad, el de obstáculo y el de apoyo. Por un lado abre, y por otro cierra las esclusas de la corriente del espíritu. Todo *renacimiento* se enfrenta a una realidad que hemos llamado *escolástica*; pero el renacimiento en sí no es sino un conjunto de ideales, los ideales en sí no tienen fuerza alguna, son impotentes. Es menester una fuerza, una realidad, que pueda oponerse a la realidad oprimente. Esta fuerza sólo la puede dar la realidad misma, otra parte de ésta, otro aspecto del pasado histórico, de aquí que todo renacimiento se apoye en el pasado, que del pasado tome sus modelos o instrumentos, para oponerse a la realidad que le circunda.

El pasado humano cristalizado en cultura, presenta dos aspectos en su relación con el presente: un aspecto *vivo* y un aspecto *muerto*. Hay algo de cada cultura que sigue viviendo en otras culturas, y algo muerto, algo ajeno, no susceptible de ser captado por otra cultura. Esto plantea dos problemas:

1. ¿Qué es lo personal, lo único, lo individual de cada cultura? ¿Qué sectores de la cultura son expresión única que no puede repetirse, de la vida y alma de las colectividades que portan la cultura? ¿Hasta qué punto son *mortales* las culturas, participando así de la calidad de mortales de los individuos que las crearon?

2. ¿Qué capacidad de *supervivencia* poseen las culturas sobre la vida de sus productores? ¿Qué sectores del valor y de la realidad son suscep-

tibles de crecer, es decir, de ser conservados y superados en nuevas síntesis culturales?

Sobre el primer problema nos dice Scheler que las culturas, como los individuos que las producen, son *mortales*. Una cultura sólo adquiere pleno sentido, su sentido originario, para los grupos que la producen. Entre los individuos que forman el grupo productor de una cultura existe una unidad de estilo, un *ambiente cultural* que les permite comprenderse entre sí colaborando en un determinado fin. Estos individuos se encuentran ligados entre sí por un plan de valores culturales a realizar, plan que sólo tiene sentido para este grupo. En esta forma la cultura como conjunto de ideales realizados o como planes por realizar, depende de los sujetos humanos que la crean, y sólo para el grupo creado tienen sentido. Como ellos, cada cultura tiene su *floreCIMIENTO*, su *madurez* y su *decadencia*. Como los individuos, cada cultura vive y muere.

En cuanto al problema de la supervivencia de una cultura en otra, nos encontramos con que de hecho existe algo que va pasando de una cultura a otra, sin límite de continuidad. Este algo lo forman los *bienes culturales*, objetos dominados de la realidad. El hombre no empieza donde empezó el primer hombre, sino que se sirve de los instrumentos de sus antecesores mejorándolos progresivamente. Trátase "en efecto" simplemente de *bienes* que se sedimentan unos sobre otros por acumulación y *sin* que sea necesario un cambio en la *forma* de pensar, en el *ethos*, en las estructuras mismas del espíritu, de suerte que cada generación se encuentra sencillamente a hombros de los resultados obtenidos por las anteriores". Esta forma de movimientos es un *progreso* sin fin, que avanza sobre las posibles decadencias de una cultura y sobre la vida de sus productores. Pero ya se ha dicho que este *progreso* es un progreso sin fin, y por lo tanto, sin sentido. No es un fin sino un *medio* para un determinado fin. Es un instrumento que cada cultura adopta para sus fines personales.

Pero hay otra relación del pasado histórico con el presente, de una cultura con otra, ésta es una relación de *interés*, de amor como la llama Scheler. Es "un rasgo peculiar de toda historia humana el no repetirse, ciertamente, nada de los procesos, obras y situaciones externas, pero sí el poder despertar y hacerse activas siempre, reviviendo en las llamadas 'reformas', 'renacimientos', 'recepciones', las *fuerzas* psíquicas dormidas que llenaron una época cuando las desvelan y excitan, por decirlo así, después de haber estado escondidas largo tiempo, *pioneers* y *élites* congénitas con ellas por la sangre y al par congénitas con ellas por el espíritu;

cuando estas fuerzas estallan en nuevos planes y actos dirigidos hacia el futuro, arrojan simultáneamente —cual potentes faros— nuevas luces *retrospectivas* sobre el mundo del pasado, antes como mudo y muerto.” El pasado sirve como estimulante, como modelo para nuevos planes, sin que por esto el resultado sea una copia. El Renacimiento reacciona contra la cultura medieval, despertado y estimulado, por sus nuevos contactos con la cultura del mundo antiguo; de este mundo toma sus modelos, pero el resultado no es una copia, sino una cultura que en nada se parece a la cultura greco-latina.

El hombre —de acuerdo con esta tesis— está imposibilitado para conocer lo que realmente ha sido el pasado. El pasado histórico —nos dice Scheler— es obra del presente. “Un hecho histórico se constituye en los rayos del recuerdo que caen sobre él y en la convergencia de las intenciones de estos rayos.” El hombre no encuentra en el pasado sino lo que busca, y no busca sino lo que necesita, y no necesita sino aquello con lo cual hará su futuro. Ya hemos visto que las culturas son obra personal de un determinado grupo, y como personales que son, su sentido es intransmisible, sólo vale para este grupo de hombres y es ajeno para otros; esto es lo que muere junto con sus constructores. Los hombres de otra cultura no podrán ver en ella sino lo que ellos son, lo que ellos quieren, sus propios fines. Lo que se vive de otra cultura no es su realidad, sino su capacidad de estimular y de despertar el interés hacia fines ajenos a los intereses buscados por los hombres que la forjaron. Un Cristo, un don Quijote, una cultura entera, es interpretada por cada época en forma distinta de lo que en realidad ha sido. Cada época va potenciando la historia —la va salvando, nos dirá Scheler— “el hecho histórico es imperfecto, y, por decirlo así, susceptible de salvación”. En cada época el pasado adquiere nuevos valores, va perfeccionándose. La suprema perfección se alcanza “al término de la historia universal”.

Como se ve, esta tesis conduce en último término al “historicismo” de Spengler. De esto es plenamente consciente Scheler y trata de superarlo con su teoría de los valores. Cierto es que cada cultura es personal, única, intransmisible; pero es también cierto que todas las culturas surgen de un mismo intento, el de la realización del reino óntico de los valores. Se suspende en un plano más alto que el de todos los sistemas de valores existentes hasta el presente, el reino absoluto de las ideas y valores correspondientes a la idea esencial del hombre. Todos los hombres, grupos humanos, culturas, tienden a realizar la esencia del hombre, su fin es el mismo, lo

que les diferencia son las formas de realizar esta esencia; formas que están de acuerdo con la realidad en que se encuentran. "La historia esencialmente necesaria del espíritu, no es cosa de una nación, ni de un círculo de cultura, ni de una edad cultural, ni de todas las edades culturales habidas hasta aquí, sino de *todas juntas* con inclusión de las futuras, en una *cooperación solidaria*, espacial y temporal, de sujetos culturales insustituibles por individuales y únicos."

VI

Todos los hombres, todas las culturas colaboran en un fin último que es la esencia del hombre, el hombre plenario. Este hombre plenario en cuya construcción trabajan todos los hombres de carne y hueso, es en último grado la divinidad, Dios. Pero aquí se trata de un Dios distinto al Dios cristiano. Dentro del cristianismo hemos aprendido que hay un Dios *todo-poderoso*, con pleno dominio sobre todo cuanto existe. El Dios de Scheler es todo lo contrario, es un Dios *impotente*. Esta tesis es consecuencia de su teoría sobre las ideas. Las ideas son impotentes, nada pueden por sí mismas sobre la realidad; para realizarse necesitan de esta realidad. Ahora bien, la idea más pura y por eso la más alta, es la idea de Dios. En consecuencia, siendo la idea más pura, es la más impotente. Para realizarse Dios necesita de la realidad, pero la realidad en sí es ciega, a su vez, necesita de un ente capaz de intuir y realizar a Dios, de un ente que esté situado entre la realidad y el mundo de los valores. Este ente es el hombre. Es así como Dios necesita del hombre para realizarse. El hombre es un medio para la realización de Dios, es su instrumento. El hombre se salva realizando la esencia divina, de aquí que su esencia sea la esencia de Dios. "Toda actividad histórica —nos dice Scheler— remata, no en mercancías, no en obras de arte, ni siquiera tampoco en el progreso infinito de las ciencias positivas, sino en el *ser* del hombre, en esta noble y perfecta forma del hombre, en esta colaboración del hombre con Dios, para la realización de lo divino. Para la salvación del hombre *In Deo*, no sólo sirve el *sábado*, sino también toda civilización, toda cultura y toda historia, todo estado, toda iglesia y sociedad."

El Dios Creador se convierte en un Dios que se está creando. El Dios hacedor de toda realidad se convierte en un Dios que se va haciendo en la realidad. En el universo de Scheler, Dios viene a ser posterior a la

LA HISTORIA EN LA FILOSOFIA DE SCHELER

existencia de la realidad, es precisamente lo no real, lo ideal tratando de realizarse. El hombre es el instrumento de esta realización, Dios encarna aquí, no en un hombre llamado Cristo, sino en toda la humanidad. El fin último del hombre, hacia el cual colaboran todos, es la realización de la esencia divina. Como se ve, es un fin ajeno al hombre personal, único, al hombre que vive y muere. Scheler ha querido salvar al hombre de ese terrible enemigo llamado tiempo, historia; y para lograrlo ha hecho de esta contingencia que es lo humano un instrumento de lo eterno. Ha convertido al hombre contingente en un hombre eterno, en un hombre que siempre se está haciendo y realizando; pero no logra Scheler su propósito, pues lo que se salva —el hombre plenario— no es el hombre que vive y muere —el único hombre al que importa salvar—, sino un hombre ideal. El hombre al que se trata de salvar se convierte en instrumento de este hombre ideal; y tiene que ser así, pues el hombre real es tiempo, historia, contingencia. Querer *salvarle* de esto, es querer otra cosa que un hombre. En Scheler, como en toda filosofía, se da la tragedia de querer salvar lo contingente en lo absoluto sacrificando con ello la contingencia misma.

LEOPOLDO ZEA